

eso no. Ni un solo argumento, ni un solo sofisma había podido discurrir contra la nueva manera de la música que en los tiempos felices de la vigorosa inspiración, de la reflexión seria y sabia, se le había aparecido como una necesidad lógica del arte. Pues entonces, ¿por qué había perdido la fe? No lo sabía á punto fijo. Por todo lo demás; por culpa de *Euterpe*, de Rodríguez, padre, del empresario, de Gómez, de Pérez, por culpa del mundo... ¡en fin, por el diablo! ¿qué sabía él? pero le daba vergüenza haber creído en su invención y haber sacrificado á ella la felicidad de su familia.

Empezó á escasear el trabajo en la corte. No bastaba buscarlo con afán y sin poner condiciones: iba faltando *demanda*... y Ventura admitió contratas con empresarios de provincias.

Dejó á su padre y á su madre en Madrid, y se fué á recorrer Andalucía y Castilla, Cataluña y Aragón con su violín, su mujer y su angelillo. Lo único que había salido como él lo había soñado.

Era hermoso como una flor su Roberto.
—¡Adiós, Madrid! Todo Madrid le había

aplaudido... y aquel todo Madrid se quedaba allá arriba... entre aquellos faroles que se iban apagando en la niebla... Pronto sería Rodríguez como un muerto olvidado; es decir, nada multiplicado por nada... ¡Buen viaje!

V

El *Iris* se abría á las ocho de la mañana en invierno. Los mozos, soñolientos, barrían, limpiaban los bancos, deshacían las torres de sillas que había sobre las mesas, y se iban los más á dormir otra vez. Quedaban dos ó tres para el poco servicio de la mañana. Leía uno el *Diario*, periódico de primer orden en la provincia; otro jugaba con el gato. En el mostrador, silencio. El piano, bien cerrado y abrigadito con su funda verde, extendía su cola sobre la plataforma de pino blanco, majestuoso en su sueño de toda la mañana. Estaba la plataforma en medio de la sala, rodeada por un antepecho de madera pintada de azul y oro. Sobre un musiquero había algunos libros y piezas sueltas de música. Al

otro lado del piano una silla alta forrada de terciopelo carmesí, oriunda de algún teatro. Allí se sentaba «el señor de Madrid», la celebridad que cobraba cinco duros todas las noches y cenaba de balde. Los mozos del *Íris* no ocultaban su orgullo. La cerillera del portal, que vendía toda la prensa de Madrid y de provincias, oía con religiosa atención á Lucas, el mozo más viejo del *Íris*, por la milésima vez, su maravillosa narración.

—El señor de Madrid fué contratado primero por esos granujas del café del *Gran Mundo*, esos tipos llenos de fantasía que se están empeñando hasta las orejas por hacernos perder á todos... pero ¿ve usted cuánto rumbo y cuánto convite á los de los papeles? pues bueno, señora Engracia, por peso de más, peso de menos, el señor de Madrid se quedó sin la contrata y los de allá sin su músico. Entonces el amo, que lo supo, el amo, que sabe gastar de veras y sin ponerlo en el diario, fué ¿y qué hizo? Pues nada, llamó al señor de Madrid y le dijo:

—¿Que los cinco duros? pues los cinco duros ¿y que cena? pues que cena.

—Ahora los de allá, despechaos, claro, dicen que valiente ganga, que ellos hacen más ruido; que este señor de Madrid es un arruinao, un trasto viejo; y la verdad es que la gente se va al *Gran Mundo*, porque este pueblo, señora Engracia no es filantrópico, y vamos... que no sabe de música; pero V. lo sabe, V. le ha oído, el de Madrid toca como un ángel; y el pobrecillo pone una cara de bueno pa tocar...

La señora Engracia estaba de acuerdo con Lucas, y no había disputa; el mozo se volvía á retozar con el gato.

Por la tarde el *Íris* se llenaba de gente del campo, que en aquella tierra dejan sus faenas mucho antes de que el sol se ponga. Con su manta al hombro muchos, casi todos con su pañuelo de colores atado á la cabeza, entraban con aire satisfecho, pisando fuerte y llamando recio al mozo.

De cinco á siete había música. Pero nada más que de piano. El señor de Madrid tocaba por la noche.

El pianista ganaba cuatro pesetas y cenaba también. Era un viejo calvo, grueso, lacio, mustio. La expresión de su rostro era la de un carnero cansado, momentos

antes de morir. Vivía de cobrar un tanto por ciento al clero catedral por derechos de habilitado, y de tocar el piano en el *Íris*. En lo mejor de su edad, á los treinta años, había compuesto habaneras y algunas variaciones sobre la jota; pero ya no escribía música; la copiaba y le iba mejor; se vendía, aunque barata. Él prefería la introducción de *Semíramis*, *Safo*, *La Cenicientola*, pero el público quería novedades peligrosas, música francesa, una prostitución. Y tocaba lo que mandaba el amo del *Íris*.

Menos mal por las noches, desde que había venido el Sr. Rodríguez, un violinista muy aceptable, de la buena escuela. Don Ramón Betegón, el pianista, concluida su tarea de la tarde se iba á comer y volvía al *Íris* á las ocho y media.

Ya estaba allí Rodríguez, con su mujer, su hijo y la niñera, alrededor de una mesa cerca de la plataforma.

—Doña Carmen, muy buenas noches—decía Betegón.

Daba un beso á Robertito, un apretón de manos á Ventura y se iba al piano.

Razón tenía Lucas; los habitantes de

aquella ciudad noble y leal no eran *filantrópicos*. El café estaba lleno, eso sí; pero no había lo que en aquella tierra, y en otras muchas se llama todavía *personas decentes*.

Acudían muchos artesanos con los tiznes del trabajo en la cara, de mano callosa y torpe en el manejo de vidrios y lozas del servicio; abundaban los mozos de coches y carros, los pillastres de variadas profesiones, algunas ilícitas; había algunos soldados, casi todos con galones, más cabos que sargentos, y más distinguidos que cabos. Y sobre todo, muchos campesinos que viven en la heróica ciudad y son capaces de madrugar con el sol y acostarse tarde, por darse aires de señorío y *desembrutecerse* con el café y la música. Algunas mujeres honradas, de pueblo, acompañaban á sus maridos padres ó hijos mirándolo todo con curiosos ojos que no ven claro, saboreando el gasto con usura; hablaban en voz baja y tomaban su café con religiosa ceremonia, pensando en la importancia de los 25 céntimos que cuesta.

El sexo débil estaba más bulliciosamente representado por algunas mozas del partido, que ordinariamente guardaban la

compostura debida, pero que á veces olvidaban su comedimiento riendo como en el lupanar. Algún prudente ¡chiss!... de Lucas imponía silencio, y la buena crianza volvía á reinar en aquella reunión, donde los pobres procuraban adquirir uno de los vicios más necios de los que pueden gastar dos reales en lo supérfluo y mucho tiempo en lo innecesario.

Una noche tocaba Ventura *Dichter und Bäuer* (poeta y aldeano), y le acompañaba con mucho gusto el Sr. Betegón en el piano. Allí cerca, junto á la plataforma, Carmen, la digna esposa, el consuelo constante de tantas pesadumbres, apoyaba un codo en la mesa de siempre y contemplaba amorosa á su marido. Carmen era ya su único admirador; en realidad su único público. ¡Aquellos labriegos, aquellos artesanos le oían como quien oye llover! Se les había dicho que el señor de Madrid cobraba cinco duros (eran tres pero se había convenido en decir cinco), y con esto tenían bastante: saboreaban el café y el placer de estar oyendo á un ricazo de la corte, que estaba allí para divertirles á ellos. Entre los pillastres había quien le miraba con

cierta insolencia, como diciendo: no creas que me asustas, yo he oído cosas mejores, he estado en Madrid y no me asombro por tan poco.

Al terminar una pieza sonaban algunos aplausos; era cuando querían que se repitiese, por gusto de hacer trabajar más á los músicos, por sacarle más jugo al real del café. Después de la repetición nunca se aplaudía, porque eso sería pedir otra repetición, y allí no se querían gollerías. Los domingos había muchos más consumidores: venían al *Iris* niños y perros, y el estrépito era infernal. Cuando algún trozo de música alegre les llegaba al alma, como un solo hombre los baturros pedían «¡La jota, la jota! Venga la jota...»

Carmen se ponía como un tomate allá abajo, en su banco pegado á la pared, y miraba al pobre Ventura como diciéndole:

—¡Perdónales, no saben lo que hacen!... y á Ventura aquello de «¡la jota!» le sonaba como si dijeran—¡Crucificalo, crucificalo!

Carmen tomaba café en el *Iris*; el niño jugaba con la niñera, porque su padre quería tenerle cerca, le necesitaba allí para

decidirse á ganar el pan de cada día. Á las diez madre, hijo y criada se iban á casa muy tapaditos. Ventura no dejaba á nadie el cuidado de envolver á Roberto en mantones y pañuelos; le daba cien besos y le ponía en brazos de la muchacha.

Carmen se despedía con una sonrisa animadora... y él los veía marchar, triste, con una tristeza dulce, lánguida, resignada; y entonces, á solas ya con su violín, entre aquel populacho bueno, pero sin ojos para sus penas ni para su arte, tocaba Ventura, sin conocerlo acaso, como en sus mejores tiempos, mejor tal vez, tal vez como lo pedía aquella su invención de la música sencilla, sincera, buena, santa, de que ya no se acordaba, ó por lo menos en que ya no creía. Y entre el ruido de las cucharillas, patadas, toses, voces de «¡café! ¡que mancho! ¡mozo! ¡*El Imparcial!*!» sonaba el violín como una queja de un alma dolorida por pena eterna, ante un Dios eternamente sordo á las quejas de las almas. Don Ramón Betegón, impasible, impasible, abofeteaba el piano y aprovechaba los solos de Ventura para dar tres ó cuatro chupaditas al cigarro... Ventura tocaba entonces en el

Iris como en su jardín de Madrid; los parroquianos eran testigos tan inteligentes como los árboles... peores, porque los árboles no pedían la jota.

VI

Como iba diciendo, una noche Carmen miraba desde su banco, apoyada en la mesa, á su querido mártir, como ella para sí le llamaba siempre. El público empezaba á acudir.

Suppé, interpretado, como decía Betegón, por Ventura, adquiría nueva gracia y dulzura.

Los ojos del violinista apenas se fijaban algunos segundos en el papel que tenía delante; miraba más á su mujer, con amor inagotable, tan puro y grande, como el primer día de novios. Se diría que de los ojos de Carmen una corriente eléctrica iba hasta los ojos de Ventura, y le llevaba consigo la inspiración, la habilidad artística, aquella *manera sublime de interpretar*, según el pianista.

Otras veces el violinista miraba á su

hijo, que al pie de la plataforma iba y venía, ora procurando coger una pierna de su padre, para lo que metía su mano de muñeca entre los balaustres, ora saltando alrededor del piano, como si fuera mariposa, y la música luz que le atraía. Para seguir los movimientos del niño el padre vigilante necesitaba hacer mil contorsiones, sin dejar de tocar con aquella suavidad y elegancia exquisita de siempre: daba vueltas en redondo; se inclinaba, se ponía sobre las puntas de los pies... parecía un músico *ex-céntrico* que lucía su habilidad entre piruetas.

Después del *Poeta y el aldeano*, hubo un descanso de cinco minutos.

Don Ramón y Ventura fueron á sentarse junto á Carmen. Con la finura del mundo tomó Betegón media copa de anís doble. Roberto se había subido á las rodillas de su padre, que le acariciaba con la barba y la mejilla, como si fuera su violín, inclinando sobre el niño la cabeza, con los ojos medio cerrados, pálido y triste con una tristeza que estaba ya petrificada en las arrugas de su rostro. Podía Ventura sonreír, hasta reír á carcajadas; allí estaban

las arrugas para protestar, como una fe de muerto de aquel espíritu que se vió adulado con el apodo de genio.

Don Ramón se levantó y volvió al piano. Le siguió poco después Rodríguez. Comenzaron la *Stella confidente*.

Entonces entró en el café un subteniente de caballería. Se sentó en una mesa que estaba enfrente de la mesa de Carmen. Pidió café, distraído. Tardó en notar que tocaban el piano y el violín. Atendió. Le gustaba aquello. Se sentó en otra mesa, más cerca del piano. Miró en derredor y echó de ver que allí no había más *personas regulares* que él y aquella señora... que debía de ser la de uno de los músicos.

— ¡Demonio! que bien toca ese hombre; pensó, y llamó al mozo.

— Es el señor Rodríguez, un músico de Madrid.

— ¿Rodríguez? Rodríguez... ¡Ah! sí, creo haber oído...

El subteniente se puso el sable entre las piernas y clavó los ojos en el violinista. Positivamente estaba entusiasmado. Á los pocos compases le hizo acordarse de su madre, que estaba en el otro mundo, y de

su novia, que le había dado calabazas. Era forastero, estaba muy solo y muy triste, tenía mucha nostalgia, según él llamaba á su aburrimiento, y aquella música le estaba llegando al alma. ¡Qué modo de tocar! ¡Y no hay aquí más que plebe!... El también había tocado algo. Era la flauta, pero todo es tocar. Además era poeta. Sentía muy bien.

—¡Pues no se me saltan las lágrimas!
—Mozo una copa del *Mono*... Y aquella señora debe de ser la suya... es guapa. ¡Canario yo lo creo; muy guapa!

También él era guapo. Alto, rubio, muy esbelto, de aspecto marcial como un dragón, pero de ojos dulces como un ángel. Y el bigote fino y bien peinado. Era muy guapo. Carmen le había visto desde el momento en que entró.

Había observado su atención, su asombro, su entusiasmo, su enternecimiento. Pero cuando él la miró, ella separó los ojos y los fijó en su marido. Y así estuvieron: el militar yendo con la vista y el alma del violinista á Carmen, de Carmen al violinista.

Carmen mirando á su esposo con fijeza y viendo al subteniente.

Ventura arrebatado por la música y la contemplación de sus amores, Roberto y Carmen, no veía al de caballería. Terminó la *Stella*, y los músicos volvieron á la mesa. El público, que no quería repetir, no aplaudió; el subteniente abrió las manos, pero al ver aquella frialdad, se las metió *intactas* en los bolsillos.—¡Qué lastima! tenía que marcharse sin remedio. Era tarde, le esperaba el coronel. Pagó y salió visiblemente disgustado, según observación de Carmen.

—Tendrá una ocupación urgente—pensó—¡esos militares!...

Á la noche siguiente el de caballería se presentó á las nueve menos cuarto. Se trataba del *Non tornó*.

El sentimentalismo del amo del café, se imponía hasta á los músicos que cobraban cinco duros nominales, tres en efectivo. Ventura vió entrar al subteniente, y no le cayó en saco roto aquel extraño consumidor de café y música. En una de las vueltas que daba con el violín en el brazo para seguir los juegos de Roberto, vió Rodríguez al simpático alférez, que tenía los ojos inflamados por la admiración, la boca

entreabierta, la mirada fija en el músico. Dió otra vuelta y vió lo mismo. El alférez, no cabía duda, era un admirador. Ventura se lo agradeció en el alma: le echó mil bendiciones con el arco; y aunque haciéndose el desentendido, con una coquetería de artista, se esforzó cuanto pudo, tocó lo mejor que supo; y todo aquello iba dedicado al subteniente, á quien aparentaba no ver siquiera. Carmen notó que su marido se acercaba radiante; como si viniera de un gran triunfo; pero él no dijo nada.

—Está V. hoy contento— dijo D. Ramón, que siempre estaba triste, y sólo simpatizaba con los desconsolados.

—Sí, me siento bien hoy. Y además el médico me ha dicho que lo de Roberto no es nada.

—Sin embargo, yo recomiendo el aceite de hígado de bacalao... ese niño crece poco; mire V., parece un tapón.

—Pobrecito mío— exclamó la madre— te llaman tapón.

—Un tapón muy bonito, pero un tapón, señora... Mire V., apostaría á que cabe en la caja del violín de su padre. Se le podría enterrar en ella.

—¡Jesús!— gritó Carmen estremeciéndose—no tanto... y no lo quiera Dios.

Mientras la madre apretaba al niño contra su corazón, Ventura tembló reparando la caja del violín; en efecto parecía un ataúd para un angelito... como un violín. Era de madera negra con chapas de plata.

—Stradella... *Pietà signore*... dijo don Ramón, y puso con solemnidad las manos sobre el teclado.

Ventura tocaba con una tristeza religiosa, que llegaba á las entrañas al subteniente. Pensó éste que aquello del infierno era muy verosímil. Pidió otra media copa de anís del *Mono*, y se abismó en reflexiones religiosas. La existencia de Dios era evidente. Pero, á Dios gracias, era un Señor infinitamente justo y misericordioso, que no había de incomodarse porque un subteniente aburrido se enamorase platónicamente de la mujer de un notable violinista. Porque, no había para qué ocultárselo á sí mismo, él se iba enamorando de aquella señora. ¡Su posición y su postura eran tan interesantes! Además, él veía en ella un reflejo del talento de su marido. Él había empezado, y seguía, admirando al

músico como tal, pero no era cosa de enamorarse de él... y... naturalmente, se enamoraba de su mujer... *por lo platónico*.

Carmen se confesaba en aquel instante á sí misma que toda la noche había pensado en el subteniente, que le era muy simpático, aparte de ser buen mozo; por que se le veía que admiraba á Ventura, que sentía aquella *manera*, que ella comprendía también, y muy á su costa, por cierto.

La casta esposa notó al cabo que las miradas del alférez se repartían entre ambos cónyuges... Pero no lo tomó á mala parte. Con no mirarle ella á él bastaba. Y precisamente para verle no necesitaba mirarle. Ventura volvió á tocar para su admirador; ya le quería, *sin saber por qué*.

—¡Qué vueltas da el mundo!—pensaba—yo desprecié á un público de inteligentes, de maestros... ¡y ahora me sabe á miel agradar á un alférez que no sabrá ni tocar la corneta!...

Ventura hacía prodigios de habilidad, de gracia, de elegancia; el violín lloraba, gemía, blasfemaba, imprecaba, deprecaba... todo lo que quería el brazo. El entu-

siasmo y el enternecimiento del militar eran sinceros. Pero le gustaba la mujer del violinista, sin menoscabo del arte. La música le cargaba de electricidad, pero la electricidad se le escapaba al depósito común de las pasiones terrenas por los ojos de aquella señora.

Pasaron días y días. El subteniente debía de estar de guarnición, porque no se marchaba. No faltaba ni una noche al *Iris*. También Ventura le veía en sueños. Le veía, vestido de capitán general, acercarse á él, que estaba en un trono; y después de muchos saludos con el tricornio, le entregaba una corona de laurel y oro, y se marchaba, andando hacia atrás y con grandes reverencias. Rodríguez ya se atrevía á sonreír frente al alférez, y á dedicarle sus saludos cuando había aplausos.

Una noche, que se pidió la jota, le agradeció mucho que impusiera silencio á un baturro, que gritaba:

—¡Otra, otra, pues!

Pero no quería hablarle. Prefería tener aquel admirador á distancia. Acaso sería un majadero—aunque no lo encontraba probable—y era preferible no conocerle.

Así se podía figurar en él al mismo Wagner disfrazado.

El subteniente tampoco deseaba acercarse. Se le antojaba indigno de su nobleza valerse de la amistad para probar fortuna; todo quería deberlo al poder de sus ojos, nada á la falsedad de una estratagema.

Ventura dijo una noche á su mujer:

—¿No te has fijado en aquel subteniente?

—¿Cuál?

—Aquel, no hay más que ese. Viene todas las noches. Creo que le gusta lo que toca.

—No tendría nada de particular —contestó ella.

Siempre había sido Carmen muy fiel esposa. Amaba y admiraba á su Ventura. Pero hacía muchos años que en las caricias, en los cuidados, en las confidencias del músico, había una profunda tristeza, una desesperación resignada, atónita, humilde, casi servil, que daba frío y sombra en derredor: parecía el contacto de aquel dolor mudo, el contacto de la muerte; no era posible respirar mucho tiempo la atmósfera de desconsuelo en que Ventura

vivía: todo organismo debía de sentir repugnancia cerca de aquella frialdad pegajosa... la intimidad del músico amenazaba con una especie de asfixia moral.

VII

Una noche, en Semana Santa, ideó don Ramón Betegón una especie de concierto sacro, y después de otras cosas se tocó el *Stabat Mater*, de Rossini. La música religiosa le daba á Ventura escalofríos. Un sacerdote de esos que tiemblan con la hostia en la mano, puesta toda el alma en el misterio, no consume con mayor unción y pureza de espíritu que las que había en el alma de Ventura al hacer llorar á los ángeles y gemir á María en los sonidos de su violín, su sagrario.

Aquella noche, hasta los baturros entendían algo, y había en el café un silencio de iglesia. El subteniente estaba en su sitio; Carmen en el suyo, toda de negro. Ventura, en el momento en que hablaba con el violín de la soledad de la Virgen al pie de la Cruz, fija la mirada en su esposa, notó

en el rostro de ella una dulcísima sonrisa que no iba hacia él; volviéndose, y tuvo tiempo de ver llegar aquella corriente de amor triste y lánguido al rostro del alférez, que recibió la sonrisa besándola con otra... *Dum pendebat filium*, decía el violín á su manera, mientras Ventura se ahogaba. Tuvo valor para seguir espiando miradas y sonrisas... Iban y venían, y él las sorprendía, no en el camino, que allí eran invisibles, sino al llegar á Carmen, ó al llegar al alférez. ¡Qué sonreír, qué mirar! Y ellos, ¡qué ciegos! no veían que él los observaba. Ya se ve, el éxtasis los tenía esclavos; la música sencilla, sincera, que sonaba allí en toda su grandeza, en el lamento religioso... los arrastraba á regiones de luz, al mundo invisible de la poesía. ¡Era él quien les facilitaba aquel palacio encantado del sueño del amor!... ¡Infames, infames! debió de decir el violín también, porque se puso ronco de repente, desafinó de manera terrible. Betegón volvió la cabeza... y vió á Ventura con la suya hundida entre las manos y las manos apoyadas en el antepecho de la plataforma. El violín estaba en el suelo, roto bajo los piés del Sr. Rodríguez.

VIII

Cuando aquella noche, suspendido el concierto, por indisposición del violinista, volvieron á casa Carmen y Ventura, Roberto, que se había quedado en casa muy dormidito, despertó con dolor en la garganta. Otro tenía, en la garganta también, su padre; pero al ver al niño calenturiento, medio ahogado, Ventura se sintió bien de repente, ó mejor, no volvió á sentirse. Ocho días duró la enfermedad del niño, y en todo ese tiempo el padre no pensó en sus propios males. Carmen nada sabía de las nuevas penas de su esposo, pues creía que era un secreto para él y para el mundo entero su debilidad, que ella misma maldecía. Velaba al pie de la cuna, queriendo satisfacer con la penitencia del amor de madre puesto en tortura las culpas de pensamiento de la esposa infiel.

Ni una palabra de Ventura pudo hacerle sospechar que su falta estaba descubierta.

Roberto murió á los ocho días. Carmen

estuvo enferma de peligro. Ya convaleciente, Ventura le dijo:

—Carmen, tu madre podría cuidarte muy bien; mejor que yo. Allá en tu pueblo hay otros aires... Allí la salud vendrá de prisa.

—Sí, vamos... contestó ella.

—No, yo no. Vas tú sola.

—¿Y tú?

—¡Yo me quedé... con mi hijo!

IX

Bien se acordaba; á Roberto le habían metido en una caja estrecha y larga, es decir, no muy larga; ¡el pobre niño era tan chiquitín! Había crecido poco. ¿Qué importaba ya? La caja tenía chapas de metal blanco y estaba pintada de azul...

Ventura se vió solo en su casa. Ya podía hacer lo que quisiera. Si era una extravagancia, que fuese... Demasiadas veces se había sometido á los caprichos de los demás. Y ahora iba él á hacer su gusto. Ya estaba de acuerdo con el guarda del cementerio. Su dinero le había costado. Salió á

las doce de la noche; debajo de la capa llevaba un bulto, que no debía de pesar mucho. Ventura corría por la carretera; después dejó el camino real; tomó á la izquierda... allí era... aquella masa negra. Llegó á una verja... dió tres golpes en el hierro. Abrieron.

—¿Es V., señorito?

—Sí, Ventura.

El guarda se llamaba como él. Era un viejo con cara risueña.

—Venga V. por aquí. Cuidado no tropiece V. con las cruces. No haga el menor ruido, no se despierten los perros... ¡Ya están aquí! ¿Ve V.? ¡Silencio, Canelo; chito, Ney!...

La luna se asomó para ver la extraña ceremonia.

—Con franqueza, señorito; yo me fío de usted... pero... la verdad... en esa caja cabe un recién nacido y algo más gordo... Yo no digo que haya trampa... pero... la verdad... ver y creer.

Ventura respondió:

—¿Dice V. que es aquí?

—Sí, señor, debajo de esa cruz amarilla está el chiquitín.

Ventura se sentó en el suelo. Apoyó un codo en el bulto que puso á su lado sobre la tierra y dijo:

—Cave V., Ventura.

Cavó el otro Ventura, y pronto tropezó el hierro con la madera.

—Ya está ahí.

—Limpie V. otro poco, que se vea la tapa...

Se vió la tapa azul, ya muy sucia y raída... El músico se tendió á lo largo en el camposanto.

—Ahora meta V. eso ahí dentro.

—Señorito, yo quisiera...

—Abra V. con esa llave.

Ventura cogió el bulto que había traído Rodríguez. Era una caja negra, parecida á un ataúd de niño, y tenía chapas de plata. El guarda abrió y vió dentro un violín con las cuerdas rotas.

—Ahora haga V. lo convenido.

La caja negra cayó sobre la azul, y encima fué cayendo la tierra. Ventura Rodríguez se había puesto en pie, al borde de la sepultura. El enterrador, que trabajaba inclinado, se irguió de repente y miró con miedo al músico... ¡Un hombre

que enterraba un violín!... ¡Si sería!...

Rodríguez adivinó el pensamiento, y sonriendo dijo:

—No tema V.; no estoy loco.

Madrid, Junio 1883.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

BUSTAMANTE